

Nada grave o grave nada: La mueca póstuma de Ángel González

RESUMEN :

En 2008, la editorial Visor publica los últimos poemas de Angel González (Oviedo 1925, Madrid 2008), bajo el título Nada grave, dando por resultado un libro poéticamente acabado, pero a la vez inconcluso y resultado de una recopilación ajena. En ese título coloquial, vemos quizás el último guiño involuntario del poeta asturiano, con una mueca póstuma a sus lectores: ¿qué significa este tránsito a la muerte: Nada grave o grave nada? Al menos, no hay duda de que estos poemas ratifican su apuesta por una poética siempre en tránsito, integradora, imposible de cerrar, que da a la luz textos post-mortem, en una lírica de senectud, cuando el cuerpo que los habita ya ha partido.

PALABRAS CLAVE: Angel Gonzalez- poesía postuma- nada.

ABSTRACT:

In 2008, right after his death, Visor published Angel González's last poems (Oviedo 1925, Madrid 2008), with the title Nada grave, a perfectly finished but at the same time inconclusive book, as the result of a collection made by other hands. The colloquial title shows the last involuntary irony of the Asturian poet to his fellow readers: what does it mean this transit to death: nothing serious or a serious nothing? At least, there is little doubt that these poems ratify his original poetics, always dynamic, impossible to close, which gives to light these post-mortem poems, in a lyric of senectute, when the body inhabiting them already has left.

KEY WORDS: Angel González- post- mortem poetry- nothing.

*Y me vuelvo a caer desde mí mismo
al vacío,
a la nada.[...]
Me duele sólo el alma.
Nada grave.
("Caída")*

Los últimos poemas de Ángel González (Oviedo 1925, Madrid 2008), bajo el título elegido por el propio autor al momento de su redacción, coagulan en su libro póstumo *Nada grave*, publicado por editorial Visor en 2008.¹ Nunca la noción de *work in progress* cuajaría tan bien para un libro poéticamente acabado, pero a la vez inconcluso y resultado de una recopilación posterior a su muerte.² Vemos en este último guiño involuntario del poeta asturiano su apuesta por una poética siempre en tránsito, integradora, imposible de cerrar, que da a la luz textos *post-mortem*, cuando el cuerpo que los habita ya ha partido. Con una mueca póstuma a sus lectores: ¿qué significa este tránsito a la muerte: nada grave o grave nada?

No ignoro que pretender hablar del celebrado autor asturiano para una revista de su Oviedo natal, con tantos amigos entrañables,

1 Se trata de una colección de poesía titulada "Palabra de Honor", que la editorial Visor puso en marcha en enero de 2008, celebrando sus cuarenta años de edición de poesía, ensayos, estudios críticos. Los tres primeros libros editados fueron *Mundar* de Juan Gelman, *Vista cansada*, de Luis García Montero y este póstumo *Nada grave* de Ángel González.

2 Luis García Montero y Jesús García Sánchez cuentan en el prólogo los avatares de estos 28 poemas, incluida la dedicatoria. Algunos ya habían aparecido en el número de homenaje de la revista *Litoral*, preparado por Susana Rivera en 2002 con el título *Nada grave. Poemas recientes*; otros se recogieron en una antología artesanal con prólogo de Benjamín Prado, titulada *¿Qué sabes tú de mi vida?* (en Segundo Santos Ediciones, 2006) y "El poema de mis 82 años" fue publicado por *El País Semanal* el 27 de octubre de 2008.

lúcidos críticos y vecinos que lo conocieron y valoraron en vida, puede parecer un poco temerario, siendo yo una profesora y crítica de la otra orilla, del remoto sur americano. Pero me mueve a aceptar el desafío el haberlo conocido personalmente, en una memorable noche de primavera en Buenos Aires durante los años 90, dos décadas después de haber descubierto su poesía en las aulas universitarias argentinas, con sorpresa y pasión. Después volvimos a encontrarnos en Estados Unidos y en España. *Conocerlo* personalmente mucho tiempo después de *leerlo*, escribir sobre su obra y dirigir tesis y trabajos académicos, fue muy significativo para mí. El temor atávico de poner rostro definitivo a los poemas que ya formaban parte de mi vida (con el dejo casi siempre decepcionante de que la persona de carne y hueso está irremediabilmente distanciada de la figura que construimos al leerlo), en su caso no se dio. Porque el hombre que conocí superó y multiplicó los efectos más elocuentes que su poesía edificaba: la sutil ironía de su sonrisa, la inquietante lucidez de sus ideas, la contenida y apacible mansedumbre de sus gestos, esa cálida mirada de quien ha atravesado tantas experiencias y todo lo comprende. El “ángel de palabras” que mis lecturas construyeron tenía su reflejo acabado en el sencillo hombre “bueno” que me regaló y dedicó sus libros, que me concedió su preciado tiempo para entrevistas y conversaciones de café, con la paciente sabiduría del poeta que se sabe una persona como todos, sin aureolas carismáticas ni poses de superioridad.³

“Tristísimo” *nada grave* es la primera frase que me vino a la mente al leerlo. Titulé “Poética para una despedida” una reseña que me pidieron al momento de su publicación.⁴ Sin embargo, el título más justo para explicar este pequeño universo impreciso

3 Ya me había aventurado antes en la crítica de su obra. Véanse las referencias a mis trabajos previos en la Bibliografía (Scarano 2002 y 2003 a y b).

4 Mi primera aproximación al texto fue volcada en una reseña crítica titulada “Poética para una despedida: *Nada grave* de Ángel González”, publicada por la Revista marplatense *La Pecera*, en 2008.

e inconcluso al que González arroja al lector sería la inversión de esa imagen coloquial en su reverso terminal: *grave nada*, o mejor la sustantivación del concepto en una *nada grave*, que resemantiza la frase hecha. La sentencia, que como un padre nos dirige a sus hijos, para tranquilizarnos de las amenazas y terrores del mundo perecedero, dibuja en el aire la persistente necesidad del poeta por abrazarse a la vida y aceptar la muerte próxima sin dramatismos ni pánico existencial. Sin embargo, la sentencia “nada grave” se va transformando a medida que leemos en esa “grave nada”, como figura que captura el centro de la escena, volviendo paradójicamente “ingrávido” al adelgazado sujeto que pronuncia estos versos.⁵

Antes de transitar por el libro, quisiera hacer algunas apreciaciones sobre la aparentemente obvia categoría de “poesía de senectud”, que bien podría atribuírsele a este poemario. Como bien lo aborda Francisco Díez de Revenga en su estudio de 1988, podría aplicarse esta noción a la obra de aquellos poetas que se han dado a conocer sobre todo al final de su vida, pero en realidad describe más precisamente aquella obra tardía y final de poetas que comenzaron a publicar en su juventud, y que a menudo ha sido más desatendida por la crítica. Es pues “esa poesía escrita en los años de la vejez, la que designamos con el término de poesía de senectud” (11). ¿Cuáles son los componentes de esta poesía “terminal” y “quasi-póstuma” –si fuera posible aislar un repertorio común- y cómo aparecen en este singular libro de González? ⁶

5 Nunca está de más recordar la exacta definición del vocablo “nada” en el diccionario, su etimología y sus variantes. La Real Academia dictamina que viene del lat. [*res*] *nata*, [cosa] nacida. Y enumera cinco acepciones obviamente emparentadas: 1. f. No ser, o carencia absoluta de todo ser. 2. f. Cosa mínima o de muy escasa entidad. 3. pron. indef. Ninguna cosa, negación absoluta de las cosas, a distinción de la de las personas. 4. pron. indef. Poco o muy poco en cualquier línea. 5. adv. neg. De ninguna manera, de ningún modo. (<http://buscon.rae.es/>)

6 No hay duda de que debería leerse también bajo esta categoría su poemario anterior, *Otoño y otras luces* (2001), el cual ya desde el título ratifica la estación paradigmática de este nocturno de la vejez que es su poesía en las dos últimas décadas.

Tomando como modelo a Jorge Guillén, uno de los más longevos poetas españoles del siglo XX, quien al publicar en 1981 *Final*, daba a conocer poemas escritos entre los ochenta y los ochenta y ocho años, Díez de Revenga apunta como “principales inquietudes de una poesía de senectud”: la presencia de la vejez como motivo de reflexión, el reconocimiento de la propia identidad como escritor anciano, las reacciones ante la juventud ya distante, pero admirada y añorada, las mutaciones de la naturaleza (16). A ese básico repertorio habríamos de agregar sin duda los cambios de la edad y la proximidad de la muerte, pero en González, además asistimos a agudas auto-percepciones de la degradación del cuerpo, el deterioro físico bordeando la caricatura, la ausencia o abandono amoroso, las contradicciones entre los apetitos del espíritu y la fragilidad de la carne, las nuevas conquistas y libertades de la edad final (alivio, superación de miedos juveniles, resignación con sabiduría, descanso). También veremos que nunca abandona su impronta de maestro y compañero de otros poetas, con pequeños homenajes y elusivas imágenes a sus antecesores y pares, desde una edad asumida en este caso como suma y ganancia. La revalorización del arte, los beneficios catárticos de la lectura literaria, la presencia de sus poemas como hijos dilectos que lo acompañan en el tránsito final, apenas sugeridos, forman parte de una autopoética que se consolida, lejos de los brillos de la fama y cerca de la poesía como experiencia vital.

Muchas reseñas y breves artículos se han escrito ya sobre este libro y sería imposible acoger aquí todas sus incitaciones (aunque la mayoría sigue la tendencia meramente valorativa del periodismo cultural y poco aporta en sustancia al estudio crítico).⁷ Por eso quisiera plantear en este trabajo una lectura comprensiva que busca

⁷ Con estupor chequeo hoy la página de la biblioteca virtual Cervantes dedicada al poeta, para constatar la pobreza de referencias bibliográficas actualizadas, al menos las referidas a la profusa crítica académica, ensayos eruditos, tesis doctorales, artículos en revistas especializadas, a él dedicadas en los últimos años.

http://bib.cervantesvirtual.com/bib_autor/AGonzalez/

lazos con su proyecto global de escritura, y que aquí consolida una poética que podríamos calificar con el adjetivo (nunca más oportuno por los ribetes autobiográficos que imprimimos en la lectura) de “terminal”. Una ética de la vida para la asunción serena de la muerte; una estética vitalista enraizada en la inversión y la negatividad paradójica de sus postulados; una construcción del *yo* desde sus fisuras, como espectro o fantasma; una percepción metafísica de la existencia desde un pesimismo sapiencial. Como el anciano agnóstico que se yergue de pie en los umbrales de la muerte y mira esa “nada” inminente cara a cara, minimizando su impacto, pero hondamente consciente de su irreversible abrazo. El epígrafe que encabeza el libro como “dedicatoria” excede la marca biográfica del tú al que va dirigido y permite que el lector se acomode en esa brumosa figura del interlocutor, para incorporarse a este diálogo que se abre con un primer gesto: el de donarnos “la única palabra/ que entiendo y que pronuncio”, y que “con todo mi amor hoy te dedico: / nada” (NG 19).⁸ El que habla aquí no cuenta historias; *cuenta el canto*, como su querido maestro Antonio Machado. Tonalidad elegíaca, coloquialismo henchido de lirismo, brevedad casi epigramática, poema al borde de la breve canción o la confidencia íntima, mínima, como dicha al oído.

El “canto” que nos cuenta la fuente en el poema “Todo el mundo lo sabe” (“Todo lo que ya fue volverá a ser”/ murmura el cuento claro de la fuente”) no es aquí el eterno retorno de la vida; ése es el “cuento”, la falsa promesa de la vida que no acaba: “el cuento de la fuente es eso: un cuento” (65). Esa es la mentira o la trampa que confunde los sentidos y alucina la mente. Por el contrario, para este sujeto abocado a la muerte, el canto de la fuente proyecta el “nada grave” en una *gravedad existencial*, la del personaje tanteando el vacío inminente. Este yo consolida una identidad espectral y constituye un paso más –el último– en ese

⁸ Todas las citas se harán de la edición mencionada de Visor, de 2008, con la abreviatura NG. Las restantes citas de poemas anteriores son extraídas de la edición de 1994 de *Palabra sobre palabra*.

itinerario de "*deixis en fantasma*" de su obra anterior. Recordemos el poema inicial que compartía título con el libro (publicado en 1992), donde el sujeto se disuelve en un pronombre neutro, ni yo ni él sino "aquello":

Sólo presencia que no ocupa espacio,
sombra o luz fiel al borde de mí mismo
que ni el viento arrebatara, ni la lluvia disuelve,
ni el sol marchita, ni la noche apaga.

(DF 405)

Este neutro (otra modalidad de la "nada") dibuja a contraluz esa figura en filigrana que es el *yo poético*, cuando se "ata a [su] vida dulcemente" (y resulta ser "ni esto", "ni eso", sino "aquello"). El texto inscribe una "deixis en fantasma" que se ubica en el "umbral" entre vida y escritura: esa "presencia que no ocupa espacio, / sombra o luz fiel al borde de mí mismo". El nombre propio que los enlace después sellará la identidad y paradójicamente también su extrañamiento, como aparece en otro poema de González de este libro, que repite el título de uno de García Lorca, "De otro modo" (y termina con el conocido verso: "Qué raro que me llame Federico"). En la versión gonzaliana se afirma: "Cuando escribo mi nombre, / lo siento cada día más extraño". Y su final ahonda aquella disyunción intuida por Lorca (aunque pertenezca a otro imaginario):

¿Quién será ese?- me pregunto.

Y no sé qué pensar.

Ángel.

Qué raro.

(DF 417)⁹

⁹ En un capítulo titulado "*De otro modo* de Federico García Lorca", confronto ese poema lorquiano con el homónimo de González, para examinar dos usos opuestos del nombre de autor en el poema y su proceso de extrañamiento, correspondientes a dos poéticas diferentes (vanguardista y social). (Scarano 2003b).

Deixis y nombre propio conviven aquí, alternando la pulsión fantasmática de la primera con el simulacro referencial del segundo. *Deixis en González*, deberíamos decir, siguiendo la marca rotunda del antropónimo que inaugura el poeta desde su poema prologal en *Áspero mundo*, "Para que yo me llame Angel González". Pero sabemos que el régimen deíctico de la lengua está atado al pronombre y resulta siempre una forma de negación del nombre, su elipsis o sustitución; aquí un subterfugio donde el poeta se esconde tras otros rostros, otras voces, que lo habitan como fantasmas, sin dejar nunca de ser él mismo a pesar de todo.

Sin duda, *Deixis en fantasma* comparte tono e ideología con *Nada grave*, que resulta una natural continuación espectral de la disolución del sujeto en la nada (mucho más emparentado que su posterior *Otoño y otras luces*, a mi juicio). La mentira de la vida es un espejismo: "Más allá de este sueño/ ya no hay nada", "este sueño sin sueños/ es -a secas- la vida" (DF 406). El hombre, apenas un "topo, / horadando su túnel tercamente" (DF 407), desemboca en la imagen del último poema del libro. Parafraseando aquel consejo de Antonio Machado, frente al "arte largo", "la vida en cambio corta/ como un cuchillo", y concluye en esa elocuente afirmación que nos enlaza con sus poemas póstumos: "Pero nada ya ahora" (DF 422).

¿Quién dice *yo* en *Nada grave*? Y ¿qué nos dice de su agónico presente? En primer lugar, la vida del yo se presenta como un espacio de frontera, en el gozne entre existir y desaparecer. No es vida plena, sino espectro de vida, el resto de una suma que acabará por detenerse irremediabilmente, "escombros tenaz" del hombre aquel que soñaba y palpitaba (como decía en el ya citado poema "Para que yo me llame..."). Un Lázaro invertido que no vuelve de la muerte a la vida, sino que emerge de la vida a la muerte: "Soy el resucitado de la vida, / el que regresó al reino de la nada". El yo confiesa "el fracaso de la vida" en este pasaje "de la luz a la sombra", como antesala de la muerte, invirtiendo hasta el nombre de pila del personaje bíblico en el título del poema:

“Orazal” (21). Los versos enhebran una meditada despedida; construyen una poética del adiós que se anticipa al desenlace biográfico; ponen en palabras lo que todos sabemos, nuestro destino final, sin grandilocuencia, con el tono bajo y contenido que identifica su escritura desde su acariciado y *Áspero mundo* de 1956.

González traza aquí el perfil de un sujeto intersticial, asomado a ese borde incongruente de quien ve la muerte próxima y siente la inminencia del pasaje mirando a ambos lados (la vida detrás, la muerte delante), sin pertenecer a ninguno de esos territorios por completo (ya no la vida, aún no la muerte). Cuando en el poema “A vueltas” se pregunta: “Y ahora, ¿dónde estoy?”, este pasaje de fronteras le trae aroma de ambos mundos: “en el lugar del que vengo” (la vida), “no en el lugar al que voy” (la muerte). Es éste el sentido de su viaje; y sabe que tiene término (53).

Por eso este yo se declara “insistente” y “sombrió”; frente a la luz del mundo que sus “ojos abiertos” le devuelven, persiste en nombrarse desde sus “ojos cerrados”, que clausuran lo real. En ese territorio del “interior negro de mi cuerpo”, el yo se vuelve un “él”: “ensimismado, mudo, impenetrable”, “obstinado y distante”, “implacable y severo” (“Yo insistente”, 23). Los recurrentes juegos pronominales y la movilidad enunciativa característica del asturiano, nos seducen con el vaivén de la primera a la tercera persona gramatical, que marca el pasaje de sujeto a objeto de la mirada: “...pero mi yo persiste...” (23), en un “yo ya caído” (“Última gracia”, 25).

Aquel poeta que consagró un imaginario de resistencia durante la larga posguerra franquista, desde una voz doméstica y en tono menor, intimista y a la vez fuertemente histórica, recupera aquel emblemático título *Sin esperanza con convencimiento* (1961), pero ahora reivindica ambas actitudes. Convencimiento nunca le faltó, en una lucha tenaz por dar voz a sus fantasmas, en el exacto gozne donde lo privado se vuelve social y compartido. Ahora, ante la cercanía de la muerte, ya no con la esperanza puesta en la

justicia de la historia, sino en la certeza de la humana mortalidad, se le concede este inesperado don que tanto anhelaba. Pero es un fruto fallido, un regalo envenenado: la única esperanza certera es la de quien nada espera. O mejor, la de quien sólo sabe “esperar la desdicha”, como única “forma de esperanza”. Porque ésta de ahora, en su vejez, es “la menos peligrosa, en cualquier caso. / La que no puede defraudarnos nunca” (“Siempre la esperanza”, 27).

Así, la *grave nada* abstracta se alegoriza en un hombre que reconoce que, desde su nacimiento, no ha sido más que “un pedazo de sombra”: nació, creció y se hizo “más grande y más oscura/negra, negra”, hasta eclipsar la luz de “cuanto lo rodeaba”. Vivir es pues un ejercicio de paulatino oscurecimiento. Y si queda un sentimiento en esta sombra sin perfiles, “confundida en lo oscuro con lo oscuro”, no es autocompasión sino conciencia de culpa: “el dolor de todo lo que había ensombrecido” (“Una sombra”, 33). La fragilidad de sus ilusiones es proporcional a los “materiales muy poco convincentes” de los que está hecha su vida (“Por raro que parezca”, 31). La ironía ácida del último verso clausura toda posible esperanza y configura un yo tensado entre la resignación y el fatalismo de la culpa.

El aire de la antigua ironía gonzaliana aquí no desemboca en aquel humor corrosivo de textos anteriores, ya que la elegía es la tonalidad predominante. Como lo expresa Angel Prieto de Paula en su oportuna reseña del libro, “el ironismo atenuador, la manipulación de clichés lingüísticos o las antífrasis que alteran el sentido convencional de las palabras han desaparecido en el póstumo *Nada grave*, salvo precisamente en el título, último quiebro displicente del autor que pone entre paréntesis la tribulación que preside todo el volumen”.

De aquellas “cucarachas” con las que se había identificado en el poema “Dato biográfico” (de *Muestra, corregida y aumentada...* de 1976) pasa ahora a otra animalización naturalista de su cuerpo, no ya el joven “caballo” “que relincha”, sino el devenido torpe

“elefante centenario”. Y reincide en esas imágenes terminales: el “vertebrado mamífero” no es “nada más que esto”, “poca cosa” camino de “una senda sin regreso” (“Hoy”, 35). En “El poema de los 82 años” con fino humorismo se retrata: “soy un señor muy antiguo”; el siglo que lo traspasa es “el río de la vida”, que “sigue moliéndome vivo, / hecho polvo / enamorado” (55). Pero ni los ecos del río medieval ni del polvo barroco, lo apartan de su admirada ética de la vida machadiana, que se aferra –aunque cada vez con menos fuerza- “al agua aquella/ cuyo murmullo lejano/ aún oye mi corazón” (55).

Los poemas más provocativos desde el punto de vista conceptual son aquellos en que reflexiona sobre el lector, precisamente porque el sujeto se apropia de esa figura. “Leo poemas” logra delinear en apenas seis versos las posturas más renovadoras respecto de una teoría de la lectura. El yo lector que viaja por la literatura se proyecta en ella y vence la soledad. El verso ajeno es “sentido” “en el alma como una caricia” y su virtud terapéutica –especialmente “el verso triste”- sutura el aislamiento: “No es que me alivie la tristeza ajena: / es que me siento menos solo” (39). Si la poesía es una mentira convincente, construye una verdad a la que llega el lector guiado por los guiños de la página. Pero esta conciencia del artificio no anula la experiencia de verdad que el poema produce en su lectura:

¿Por qué lloras si todo
en ese libro es de mentira?
Y él respondió –Lo sé,
pero lo que yo siento es de verdad.

(“La verdad de la mentira”, 41)

Curiosamente ambos poemas afirman la experiencia catártica del acto de lectura literaria, apoyándose –del amplio abanico de sentimientos que el arte despierta- en los de signo negativo o sombrío: la tristeza, el llanto. De esta vida terminal abocada a la nada, el poeta rescata sin embargo unas módicas ventajas. La

suspensión del deseo le permite una conquista impensada en la juventud - la superación del miedo-, pues quien "lo ha perdido todo" puede afirmar "casi sin tristeza": "¿no es hermoso, por fin, vivir sin miedo? ("Ambigüedad de la catástrofe", 47). Asimismo, la vida en su inminente tránsito a la muerte le permite experimentar lo que la acelerada existencia nos niega sistemáticamente, como lo expresa desde el título: "No hay prisa" (51). Una suerte de ataraxia, de abulia envolvente y lánguida, superada toda impaciencia y ansiedad, entre la consoladora amnesia y la renuncia resignada... Este es el consejo que el sabio hablante nos dirige (y también a sí mismo):

Deja que pasen estos años,
son pocos ya,
sé paciente y espera
con la seguridad de que con ellos
habrá pasado
definitivamente todo.

Un *todo* que es la vida, camino de una *nada* que es la muerte. Pesimismo vital, agonismo minimalista, dan como resultado una fe invertida, la certeza incommovible de nuestro ser perecedero, pero con la mirada puesta en el rescate fugaz de la belleza que aún persiste fuera: "entretanto / agradece el regalo de la luz / del cielo de diciembre" (51).

Especial mención merecen también los dos poemas pareados, mejor dicho las dos versiones que ofrece como contrapunto tituladas "Vista cansada", en homenaje y diálogo con el libro homónimo de Luis García Montero (publicado a principios de 2008). Ambos textos parecen responderle en un simulado diálogo, que amplía sin embargo el interlocutor histórico al lector modelo: "no culpes a tus ojos fatigados" ni "achaques a la vida" ese cansancio. ¿Cuál sería en esta polaridad mundo-hombre el responsable del cansancio que la vista declara? La primera versión sentencia que "no está en los ojos que miran, / está en todo lo que ven" (61). La fatiga

existencial proviene de un mundo sombrío. A continuación, el otro poema complementa y/o corrige (relativizando) esta primera conclusión, ya que descubre en realidad que esa fatiga reposa “no en lo que los ojos ven, / sino en los ojos que miran” (63). Otra vez es el sujeto el agente de su propia extenuación. Lejos de la vuelta de tuerca vitalista que el libro y poema homónimo de García Montero le había dado a la metáfora (la “vista cansada” se alivia con “las gafas” correctoras que lo ayudan a leer renovadoramente el mundo), aquí González no nos deja salida: el cansancio de la vista nace del agobio del mundo sumado al agobio del sujeto.

En esta travesía agónica que se niega al patetismo y se contiene, bordeando el comentario íntimo, la confidencia menor dicha al oído, el susurro del pensamiento, González renuncia una vez más al mito más acariciado por los poetas: la sobrevida por el arte, la poesía como verdad trascendental, la sublimación estética. La ficción de la vida se revela más fuerte que la del poema y le permite contradecir la célebre sentencia de Fernando Pessoa:

Yo soy un fingidor; yo, no el poeta.

Ahora habla el hombre:

Sí, soy un fingidor.

Ved mi sonrisa.

(49)

Tras el lúdico título de este texto, “No sólo el poeta es un fingidor”, se esconde el drama del hombre que al sonreír llora, al creer descrece, al apostar a la palabra sanadora del poema, sabe con certeza que es un ser de papel el que lo habita. Detrás de la máscara alienta un rostro, el humano percedero, que vive fingiendo una vida cuando en realidad cada paso lo encamina a su extinción. ¿Quién finge más entonces? ¿El hombre (“yo”) o el poeta? Como diría Unamuno, somos sólo una cadena de soñadores (del personaje al autor y de éste a Dios), o mejor con González, de exitosos “fingidores”.

Este itinerario de disolución en la nada se agudiza en los últimos poemas del libro configurando una serie perfectamente razonada. El sujeto declara lo que “Todo el mundo sabe”: que “el día se deshizo en un *memento/ homo*, humo, ceniza, lejanía” (65). En este instante inminente de la muerte su “Ya casi” es otro sustantivo neutro: “Esto, / que está muy mal,/ está pasando”. La vida despeñándose en la muerte es “lo que está pasando” y el sujeto se sumerge en la plegaria final: “Que todo pase,/ que todo lo convierta en fin en nada” (67). El tiempo, en sus acariciadas tardes, es el preanuncio de “la defunción del día”; la amarga constatación “que me confirma lo que yo esperaba: / el día/ que tanto me dolía ya se ha muerto.” Otra vez el poema se cierra con ese *leit motiv* que tiñe de sombras la silueta ya agonizante del poeta: “Y la noche es el sueño: al fin, la nada” (“Algunas tardes”, 71).

¿Es esta una poética de la despedida anticipada? En verdad, no hay adiós que quepa en las palabras. Sólo un *memento mori* desplegado en la página, acunado por su sabia advertencia que no anula el desasosiego por más que insista en minimizar sus efectos. Es verdad, no hay “nada grave” en el morir, parece decirnos González, excepto la “nada”. El sustantivo alegoriza la aniquilación del ser. Por eso la serie se cierra con el poema titulado deliberadamente “Caída”. ¿Qué es la nada pues? Será como “caer desde mí mismo al vacío”, una “pirueta” graciosa, quizás descenso o “vuelo”, un cuerpo roto que al tocarse no se encuentra, el recuerdo del alma dolorida (73).

Para Pietro de Paula, “*Nada grave* es mucho más que una colección de poemas circunstanciales. Se trata de un compendio unitario por razón del tono y del tema”. Y en este sentido creemos que acierta Benítez Reyes al definir este inacabado libro, como un perfecto cierre de su travesía total, donde se fija a fuego su mejor legado, “una de las marcas estilísticas y morales más persistentes —y más poéticamente efectivas— de Ángel González”: “tener la templanza suficiente para no caer en el patetismo al hablar de asuntos patéticos, tener la inteligencia de no hablar del dolor desde la representación previsible del dolor”. Poemas hechos con casi

nada, sobre la nada: “como el propio Ángel en sus últimos años, con sus pasos tan derechos y medidos. Con su voz tan quebradiza. Tan livianos, tan desolados, tan exactos, tan próximos al silencio, con tantas ganas de callar...”

Recordemos aquí a otro poeta de senectud, Unamuno, que muere en diciembre de 1936. Dos años antes, el 21 de agosto de 1934, escribe uno de sus mejores poemas terminales, de despedida final, a los 72 años:

Arropadme, recuerdos míos;
¡qué frío sopla la vejez! [...].
Arropadme, recuerdos viejos;
casi tan viejos como yo;
llegáis a mí desde tan lejos...
¡ay tiempo el que pasó!”

(*Cancionero*, 1681).

A los 82 años muere Ángel González, y en el poema titulado “Ya casi” parece que se despide admitiendo que no es “nada grave” este final. Es una “grave nada”, porque el cuento de la vida que no acaba no es más que una ficción destinada a desaparecer. El sujeto es apenas un desarticulado *memento homo* que se vuelve “nada, nadie, nada”, como por “Arte de magia”, como titula otro poema decisivo. Porque la muerte es la mejor “prestidigitadora”: nos hace desaparecer como el conejo de la galera: “nada por allá, / nada por aquí” (57).

Pero su lapidaria afirmación como hombre (“de repente/ me desvanecí/ sin dejar vestigio”), afortunadamente no será el epitafio definitivo del poeta que sobrevive en sus palabras, como el canto claro de la fuente machadiana nos recuerda: “Todo lo que ya fue volverá a ser” (65). Por eso, a la pregunta ineludible que nos queda a los vivos: “¿En quién vivirá él cuando al fin muera?” (59), podremos responderle con otro de sus versos: “Quien quiera saber de él, pregunte al viento” (65).

Bibliografía

Benítez Reyes, Felipe (2008): "La gravedad de Ángel González", en:

<http://www.revistaclarin.com/306/la-gravedad-de-angel-gonzalez/> 25 septiembre.

Caballero Bonald, José Manuel (2008): "Graves bocetos para un libro", en:

http://www.elcultural.es/version_papel/LETRAS/23092/Nada_Grave

Díez de Revenga, Francisco. *Poesía de senectud*. Guillén, Diego, Alexandre, Alonso y Alberti en sus mundos poéticos terminales, Barcelona, Anthropos, 1988.

González, Ángel. *Deixis en fantasma en Palabra sobre palabra*, Barcelona, Seix Barral. (Abreviatura aquí utilizada DF), 1994.

----- *Otoños y otras luces*, Barcelona, Tusquets, 2001.

----- *Nada grave*, Madrid, Visor, Col. "Palabra de honor", con prólogo de Luis García Montero. (Abreviatura aquí utilizada NG), 2008.

Prado, Benjamín. "Ángel González, la coherencia en sílabas contadas", *Cuadernos hispanoamericanos*, No. 17, págs. 21-60, 2008.

Prieto de Paula, Ángel (2008): "Cuando ya nada se espera", en:

http://www.elpais.com/articulo/narrativa/nada/espera/elpepuculbab/20080628elpbabnar_4

Romero, Carmen (2008): "Ángel González, *Nada grave*. Superviviente hacia la desesperanza", en: <http://www.laestafetadelviento.es/resenas/nada-grave>

Scarano, Laura. "Los paisajes urbanos de Ángel González", *Litoral*, No. 233, págs.295-299, 2002

----- “*De los álamos vengo...* Entrevista al poeta español Ángel González” [realizada en diciembre de 2000], *Revista Olivar*, No.4, 2003, págs.161-175.

----- “*De otro modo* de F. García Lorca” en Jesús García Sánchez (ed), *Centuria. Cien años de poesía en español* (en conmemoración del No. 500 de la Colección Visor de Poesía), Madrid, Visor, 2003, págs.551-556.

----- “Poética para una despedida: *Nada grave* de Ángel González”, *Revista La Pecera*, No.14, 2008, págs.97-100.

Unamuno, Miguel de (1999). *Obras Completas, IV*, Madrid, Biblioteca Castro, 1999.

LAURA SCARANO
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MAR DE PLATA
CONICET (ARGENTINA)

